

1. Ciacci, Otello: " Studium generale civitatis asinariae"

Perugia, Guerra, 1995, 269 pag.

Este excelente novelista y prolífico crítico italiano nos sorprende una vez más con un singular trabajo: una novela donde se entremezclan elementos autobiográficos con otros de análisis social, más cercanos al ensayo, que permiten hacer una denuncia pormenorizada sobre la corrupción existente en los ambientes universitarios italianos.

Al tomar el libro, lo primero que nos llama la atención es la ilustración de la tapa, que reproduce a un asno, con toga y birrete, sentado en la cátedra, en actitud de orador. La misma imagen se reproduce en el señalador que acompaña la obra, en cuyo reverso el autor puntualiza que esta novela es un índice acusador severamente dirigido contra las malas costumbres universitarias, hechas de mala fe y de ignorancia. Y subraya que la narración se basa sobre experiencias verdaderas y documentos inimpugnables que se exponen a la amarga reflexión de los lectores, y que todo su esfuerzo ha consistido en fundir en un todo armónico la parte de invención creativa con la documental.

En una carta, el autor nos hacía otras dos aclaraciones: "I nomi comuni -Rossi, ecc.- nascondono personaggi d'invenzione; i nomi polemici -Porcari, ecc.- sono tutti tratti dalla storia o dall'elenco telefonico e corrispondono a vere persone. Il primo capitolo -un coacervo de madornali errori storici- ha un valore sferzantemente satirico, onde avviare il lettore a dirsi: -Se tanto mi d... tanto, che cosa trovero all'interno?".

En el libro primero -de los once que componen la obra- nos ilustra sobre los orígenes antiquísimos de la ciudad de Asinaria, fundada por Marco Asinio Pollione,

Jorge Alberto
Piris
pag. 301-303

de la gens Asinia, de la más potente aristocracia romana. Hasta el más ingenuo de los lectores advertir el simbolismo de estos nombres, tras haber visto la cubierta y la aclaración del autor.

Para satirizar sobre las fuentes históricas de esta supuesta ciudad, utiliza varios recursos, como el plagio de expresiones famosas que sabemos que pertenecen a otro personaje (Marco Asinio Pollione comunica al Senado su victoria sobre los Pícnos con tres célebres palabras: "veni, vidi, vici"), y el uso reiterado del anacronismo (hace contemporáneos a Ugucione della Faggiola, Benvenuto Cellini y Lorenzo Bernini). Y con un toque de genial ironía, aplica al rudo guerrero medieval expresiones que Petrarca destina a su amada Laura, tales como "umile in tanta gloria" -Cancionero, Canción 126, v. 44- o "Morte bella pareva nel suo bel viso" -Triunfos, Triunfo de Amor, Cap. I, v. 172-.

Es Ugucione quien obtiene del papa la sanción oficial del Studium Generale Civitatis Asinariae, cuyo esplendor llega hasta nuestros días, pese a no tener su sede en una gran metrópolis. En este capítulo final de la primera parte, donde la ironía muestra su filo más agudo y ya comienza a transformarse en denuncia, el tono es altisonante. ¿Qué mejor recurso, para lograr la elevación del lenguaje que recurrir a la intertextualidad de uno de los mayores poetas de la lengua? Cuando comienza el capítulo y leemos "Tutto al mondo passa e quasi orma non lascia; per l'alterna onnipotenza delle umane sorti, cadono i regni, passan genti e linguaggi e se ne spegne il fragorio che ne andò per la terra e per l'oceano", reconocemos que es una paráfrasis de Leopardi (Canti, "La sera del dí di festa", vv. 29-37).

La historia nos sitúa en dos polos antagónicos: Ancarano, un pequeño pueblo de los Apeninos en el que vive Ansano Colavecchi, y Augusta, la ciudad en la que este hijo de montañeses humildes estudia e ingresa a la universidad como profesor asistente. Es fácil identificar en esta ciudad a Perugia, la "Augusta Perusia" de los romanos. Pero también Asinaria, como Perugia, está situada sobre una colina a 485 metros sobre el nivel del mar. Creemos que Otello Ciacci, con intención generalizadora, ha desdoblado en dos ciudades, en dos universidades, el mundo universitario que ha conocido de cerca en su Perugia natal.

Tras los primeros pasos bajo la guía del profesor Ferrucci, a la muerte de este, se convierte en un "huérfano universitario". Cuenta con la ayuda de algunos profesores que lo aconsejan bien. Pero pronto se nos van descubriendo los manejos de los nombramientos, promociones, publicaciones, etc., que facilitan el ascenso en la carrera universitaria solo a quienes se prestan a determinadas maquinaciones con los grupos de poder. Esta verdadera mafia, con sede en Roma y extensiones en todo el país, no permite que se quiebren sus reglas, ni siquiera con el apoyo del Ministro del Interior. Vanos son los esfuerzos de Ansano por lograr la revisión de una resolución que lo excluye de un cargo al que aspira y es merecedor. Una amnistía le impide la vía judicial. Poco a poco se le cierran todos los caminos para progresar, y hasta los amigos que lo alentaban comienzan a evitarlo.

Toda la novela es un contrapunto entre la denuncia a la corrupción de los claustros universitarios de las ciudades y el clima de concordia y serena felicidad de las familias montañesas. Su amor juvenil hacia Valentina, su casamiento, los hijos en los que fructifica la unión de los dos virtuosos jóvenes, la buena relación de las dos familias, todo marca una mejora creciente, que equilibra los sinsabores profesiona-

les. La buena Bettina, la anciana que le da pensión en Augusta y que lo protege como a un hijo, muestra la sabiduría popular, la sana moral, que contrasta con la hipocresía que proviene del sistema oficial.

La decepción va amargando paulatinamente a Ansano: se arruga su frente, va perdiendo la capacidad de sonreír. Busca el origen de tanto mal para combatirlo, pero no lo encuentra. Finalmente, inspirado, comienza a escribir la historia. La transcripción textual del último párrafo, similar al inicio del libro, muestra el carácter autobiográfico de la novela, reconocido anteriormente por quienes conocemos los estudios críticos de Otello Ciacci. Sin embargo, el último renglón, desde una óptica de narrador que sabe deslindar lo personal de lo autoral, nos ratifica la sensación de impotencia del protagonista y del autor: "Ansano non sapeva che aveva imboccato la via pi- sbagliata."

El estilo no es homogéneo: en los escritos donde argumenta contra las falsedades de las disposiciones que perjudican al protagonista advertimos el rigor del crítico agudo que conocemos, mientras que el novelista ameno aflora en el resto de la ficción. Las descripciones paisajísticas, por la variación cromática y lumínica y la influencia sobre el protagonista, nos recuerdan las mejores páginas de Manzoni (y rogamos que no se nos acuse de exagerados sin leer la novela). La obra nos deja un sabor agridulce, resultado del goce estético de la lectura y la comprobación de la impotencia ante la injusticia institucionalizada.